

La escuela de mi hijo

Por BRUCE BARTON⁽¹⁾

[Véase una imagen de lo que serían muchas de nuestras escuelas públicas cuando los maestros pudieran y quisieran entender y aplicar resuelta y sinceramente los Programas de Educación Primaria en vigencia, los concebidos por el señor Brenes Mesén con talento, clara visión del futuro y sentido amor de Patria].

DURANTE varias semanas había estado insistiendo mi hijito, de seis años, en que fuera yo a visitar su escuela. Esta petición me parecía muy extraordinaria. En mi tiempo, jamás tuve yo el deseo de que mis padres visitaran *mi* escuela. Aun después de tantos años recuerdo perfectamente la conmoción que se desarrollaba en la sala de clases cuando el papá de Joe o la mamá de Minnie venían a ver cómo la pasaban sus hijos. Los muchachos estiraban el pescuezo, reían por lo bajo y dejaban caer los libros. «Mira, mira, ahí está la mamá de Minnie», cuchicheábamos llenos de emoción. La pobre Minnie, roja y avergonzada, acudía a la llamada del maestro a sentarse a su lado, mientras a los demás muchachos nos hacían recitar las mejores lecciones para beneficio y aprobación de la perturbada madre.

No quiere decir esto, por supuesto, que fuera impropio el que un muchacho tuviera padres; no era que nos avergonzáramos de ello, pero los papás no encajaban bien en la escuela: eso es todo.

«Y bien, chico, ¿qué has aprendido hoy en la escuela?» nos preguntaban los papás de vez en cuando.

«Oh, no mucho», respondíamos de acuerdo con la fórmula aceptada. Y en seguida nuestros progenitores, cumplido su deber paternal, volvían a sus diarios de la tarde. Sentían tan poco deseo de imponerse la tarea de visitar la escuela, como lo teníamos nosotros de que lo hicieran. Con estos recuerdos todavía vívidos de mi juventud, no es extraño que me inspiraran recelos las insistentes invitaciones de mi hijo. Preguntábame si el chico era completamente normal. No sólo parecía asistir con gusto a la escuela (signo tradicional de salud delicada en un muchacho), sino que deseaba realmente que yo lo acompañara. Con sentimientos en que se mezclaban la duda y la admiración, consentí al cabo en la visita.

¿EN QUE CLASE DE COLEGIO SE HA EDUCADO EL LECTOR?

PERMÍTASEME aquí una ligera digresión, especificando que yo no poseo autoridad alguna para discutir teorías de educación. Soy

(1) BRUCE BARTON nació en Robbins, Tennessee, 5 de agosto de 1886; recibió su grado de bachiller en Amherst College, Amherst, Massachusetts, en 1907; ha sido director del *Home Herald* de Chicago, el *Houshooter* de Minneapolis, Minnesota, y *Every Week* de Nueva York; es ahora presidente de la Barton, Durrant and Osborn Advertising Company, de Nueva York; es autor de: *The Resurrection of a Soul: More Power to You: The Making of George Gorton: What Shall It Profit a Man? It's a Good Old World*; y otras obras.

francamente ignorante. Lo único que me alienta para escribir este artículo es la circunstancia de que la mayor parte del público que sostiene nuestras escuelas y colegios y envía allí a sus hijos parece encontrarse en igual condición. Y esto se aplica, no sólo a la gente que no piensa, sino también a quienes han pensado muchísimo. A decir verdad, parece casi que mientras más hubieran meditado el punto, más perplejos se encontrarían acerca del gran problema de la educación actual en las escuelas y del rumbo que la educación debería seguir.

«Sabemos menos respecto de educación que de cualquier otro de los grandes ramos de la experiencia humana». El hombre que me hizo esta observación en cierta tertulia no era por cierto un bolchevista de salón ni un alarmista. Todo lo contrario: es uno de los tres o cuatro banqueros principales de la nación. Habiendo adquirido su propia educación en las escuelas nocturnas, tras la pesada labor del día, ha tomado vivo interés en la cuestión escolar, y mantiene en sus posesiones una escuela particular donde las nuevas ideas sobre educación tienen oportunidad de comprobar su valor. Le manifesté que mis hijos asistían a una escuela más o menos de análoga orientación.

«Eso estará bien durante los primeros años», replicó con cierto matiz de amargura; «pero si usted desea que ingresen a un colegio, encontrará que a los once o doce años tendrán que abandonar este sistema y conformarse a las regulaciones establecidas. Tendrán que seguir el programa acostumbrado; tendrán que atestarse de estudios convencionales. De lo contrario, no pasarán el examen de admisión.

«He descubierto este hecho con mi hija mayor», continuó. «Sigue ahora el primer año de estudios en la universidad, y cada vez que recibo carta suya me provoca ir a buscarla y traérmela a casa. Están llenándole la cabeza con un montón de cosas que no le interesan, estudios que no tienen la menor aplicación en el mundo en que ha de vivir. ¡Qué sé yo si aquella maquinaria no destruirá toda partícula de individualidad que pueda poseer!»

He aquí otro ejemplo: cierto eminente periodista norteamericano, a quien preguntaban dónde se había educado, respondió: «Mi educación comenzó en las oficinas del *Plain Dealer*, de Cléveland, algunas semanas después de haber recibido el grado en Harvard College». Explicó en seguida que su respuesta era algo más que un epigrama. Comprendía que toda su educación escolar y

universitaria había consistido en una dieta de hechos previamente comentados, y la cual se le había administrado en un ambiente del todo artificial. Durante todos aquellos años no había tenido oportunidad de traducir en acción tales hechos o relacionarlos con el proceso del mundo exterior. Se le «preparaba para la vida» manteniéndole veintidós años alejado de la vida; y cuando, terminado el período universitario, concluyó bruscamente la enseñanza, se vió compelido a ingresar a la clase elemental y aprender el A B C de la existencia.

Cito estos dos ejemplos para demostrar que no soy el único en experimentar un sentimiento de vacío con respecto a la educación actual, a la par que una vasta proporción de ignorancia en lo que concierne a este asunto. Dichos ejemplos sirven también para establecer el contraste con lo que refiero a continuación. Se me había dicho que la escuela a que asiste mi hijo es diferente; que allí no se le prepara simplemente para la vida, sino que se le hace vivir la vida. La escuela es una sección del mundo, me habían asegurado, en vez de hallarse separada del mundo.

«Cuando los niños llegan a los seis años es que se marca el conflicto de los dos diferentes conceptos de la educación», dice el folleto que publica la escuela. «El antiguo concepto es que la vida se revela en los libros. Si este concepto es exacto, es natural que los niños aprendan a leer y escribir a los seis años; pero si el concepto moderno es el verdadero, lo lógico es que los niños continúen desarrollando el hábito de indagar, de descubrir las cosas por sí mismos. Y todavía más importante es que continúen aprendiendo a vivir con sus semejantes, que compartan impresiones con los otros».

Marqué con un lápiz este párrafo, puse el folleto en mi bolsillo y me entregué con mi hijo al diario pasatiempo de buscar su abrigo y su sombrero. «Trata de recordar dónde los dejaste». «Los dejé aquí en el vestíbulo». «Bueno; pero ahora no están aquí». «Entonces, alguien los ha quitado, porque yo los dejé en este sitio en el vestíbulo». Al cabo los traje mi mujer, como de costumbre, y yo salí con el chico.

LA EDUCACION QUE YO HABIA RECIBIDO

LA escuela consiste en seis casas cuyo patio posterior se ha convertido en uno solo. Los edificios se han transformado para proveer salas de clase, gimnasio, laboratorios, taller de carpintería y oficinas de despacho; pero, a fuer de haber sido casas, tienen cierto ambiente doméstico. Observé que no se percibía el olor peculiar y usual de las escuelas, cárceles, asilos de indigentes y edificios municipales; tampoco existían los largos corredores resonantes ni se escuchaba el constante vibrar de los timbres eléctricos. Los corredores estaban llenos de muchachos dirigiéndose a los diversos departamentos; y cada uno de los chicos tenía un aire de atareada importancia que yo jamás había ob-